

su antigua cultura y del increíble número de su población, la China está muy lejos de haber llegado á su perfección.

En los Estados asiáticos orientales es desconocida la clase de obreros propiamente dicha. La familia, fuerte y numerosa por su unión patriarcal, completada por adopciones, protegida por la ley y la costumbre, forma una organización trabajadora que mantiene los jornales á un nivel muy bajo. En el Japón, los criados tienen tal apego á la familia de sus amos, que llegan á formar parte de ella. Los europeos encuentran allí puesta en práctica la vida patriarcal, que entre nosotros ya no es más que una tradición. Si en China son muy bajos los jornales, en cambio los alimentos son también muy baratos. En las provincias del interior, el operario recibe diez pesetas mensuales sin alimentación, y á veces tan sólo nueve. Los barqueros de los ríos de Setchuán, á quienes Cooper llama los más laboriosos de los hombres, reciben poco alimento y de tres á cuatro reales. Los jornales de las mujeres son, por lo regular, la mitad de los jornales de los hombres. Las mujeres y los niños, en las grandes hilaturas de seda europeas, establecidas en Shangai, ganan de 10 á 60 céntos según la práctica que tienen. En las ciudades populosas para la preparación de las hojas de té, los niños ganan 15 á 25, los jóvenes 30 á 35 céntos.

La industria artística, en el verdadero sentido de la palabra, no florece tanto en Europa como en el Asia oriental. Basta indicar los trabajos de porcelana y laca. Como productos de la industria artística se pueden mencionar también los tejidos raros y gruesos. La mezcla de colores no tiene igual en Europa. Otras materias favoritas, así en el Japón como en la China, son el *jade* y la piedra nefrítica; cuando son de la mejor clase dicen los chinos que valen cuarenta veces su peso en oro. En esta piedra durísima hacen las más primorosas miniaturas. El esmalte tampoco ha llegado á tanta perfección en Europa: es tan resistente que llega á formar parte del objeto sobre el que se extiende y del cual no se puede arrancar ni con un cuchillo; y tan duro que no hay posibilidad de producir una raya en su brillante superficie. Hay obras de esmalte cuya antigüedad se cuenta por siglos, que parecen nuevas.

La industria china de hoy día no está á la misma altura que la antigua. Nadie alienta como antes, á los artistas, á los inventores, y si bien aumentan las necesidades, no crece relativamente la riqueza. A esto se añade la concurrencia del Occidente. La mayor parte del algodón, se hila y teje en el seno de la familia. Son raros los tejedores de oficio. Los campesinos tejen en el invierno y llevan sus mercancías al mercado en verano. Las telas de seda también se fabrican en el hogar doméstico. Ha disminuído notablemente la exportación de dichas telas que son más fuertes, pero menos bonitas que las europeas. Lo peor es que la manufactura de la seda es la fuente principal de que el Gobierno saca impuestos arbitrarios, cuando escasean los fondos. Elévanse entonces los derechos de tránsito, de manera que un kilo de seda en bruto paga cinco pesetas de impuesto interior.

La industria china se parece á la europea en la concentración de ramos determinados, por más que sean tan diferentes en lo demás. Por ejemplo, la fabricación de cestos está desarrollada en la provincia de Chantung, de donde se exportan sus productos á la América del Norte. Hay puntos en los que se monopoliza la fabricación de ciertos artículos, como la cola en Chihíán; es probable que de allí proceda la mitad de la que se consume en toda la China. También están localizadas las fábricas de vidrio, que diseminan sus productos por todo el imperio. En Manila,

en tiempo de Semper, de 784 zapateros, 633 eran chinos, se ha observado que en todas partes se dedican con preferencia á esta industria, que empiezan á monopolizar también en las capitales de la India oriental.

No se puede negar cierto talento comercial á los chinos. Si en otros terrenos tienen que aprender del europeo, pueden ser sus maestros en cuanto á actividad comercial. Los mercaderes europeos ocupaban excelente posición en China mientras el comercio tenía barreras que no podía pasar la actividad indígena; pero desde que el comercio extranjero por medio de la libre navegación del Yan tse kiang se abrió camino hasta el corazón del país, cayeron los obstáculos que se oponían al tráfico de los indígenas con los extranjeros y á su participación en el comercio. La concurrencia hizo disminuir las pingües ganancias de los comerciantes europeos; los orgullosos *príncipes comerciales* empezaron á temer que la actividad y la astucia de sus despreciados colegas no les dejaran con el tiempo ninguna participación en el comercio chino. Y todo á pesar de la dificultad del tráfico, de la circulación de la moneda, de la contabilidad diferente en cada provincia.

Hay provincias en las cuales todos los habitantes parecen haber nacido comerciantes, que se diseminan por todo el imperio, unidos por los lazos de la patria común, por los de parentesco y por identidad de miras y de ideas, que se encuentran en todas partes, y se ayudan recíprocamente y prosperan. Así los mercaderes de Chensi y Chansi son dueños de una gran parte del comercio chino. Palladius los encuentra en la Mandchuria, donde se distinguen entre los demás chinos por su facilidad en aprender idiomas extranjeros. Casi todo el comercio del opio está en manos de los mercaderes de Cantón, que se dedican también al tráfico del té aunque Cantón ya no sea el mercado de té de la China. En el grande emporio de Hankeon, el comercio del tabaco es exclusivo de los inmigrados de Fukian. La mayoría no tiene familia ni posee grandes bienes en terrenos, y á estas circunstancias se atribuye una parte de la ventaja que llevan á sus concurrentes europeos. Los viajeros se quedan asombrados al ver las innumerables tiendecitas que los chinos saben establecer en cualquier parte. Grandes mercados periódicos impiden la estancación de la actividad comercial.

El chino en todas partes demuestra la misma inclinación. El *batta salvaje* recoge alcanfor, el *dayako* y el *alfure* extraen oro y diamantes, el *sulo* busca las perlas en el mar, el *malayo* busca nidos comestibles de golondrinas, recoge nueces moscadas y clavos de especia, pesca *trepang* y *agar*, el *bugi* como mercader y marino, lleva estas mercancías del uno al otro puerto, el *sumatran* cultiva la pimienta para todo un hemisferio, el *javanés* fabrica elegantes objetos, el chino, en fin, por su inteligencia, sus necesidades y su capital da el impulso á todas esas actividades. Los niños juegan con monedas y números, y tienen conocimiento de los precios de las mercancías. Las malas artes de los mercaderes chinos son el asunto habitual de las conversaciones en todas las calles. Muy oportuno es el pequeño comercio para poblaciones atestadas de habitantes. La moneda fraccionada hasta el extremo fomenta la venta al menudeo. Con 200 sapeques empieza á veces una especulación. En la China no se conoce más que papel moneda y la citada moneda fraccionaria. Las barras de plata en curso llevan un sello y se pesan. Innumerables Bancos fomentan el comercio chino.

En muchas partes del Asia meridional, oriental y del centro, el mercader chino favorece la civilización, á la vez que los intereses de sus compatriotas. Bastián dice: «Los

mercaderes chinos en Siam tenían la ventaja de que en sus tiendas mejor surtidas era posible encontrar objetos de lujo, en los que no había pensado el mercader indígena.» Wallace nos da una idea de la influencia del comerciante chino, y lo describe en los siguientes términos: «El mercader chino de Singapore es generalmente un hombre gordo, de cara redonda, de aire grave y ojos de comerciante. Lleva una túnica blanca y calzones azules ó negros, como el *kuli* más vulgar, pero de mejores telas; es siempre limpio y aseado; su larga trenza, con cintas encarnadas de seda entrelazadas, cuelga hasta el suelo. Tiene una bonita tienda ó un almacén en la ciudad y una buena casa en el campo. Posee un *cabriolé* y un hermoso caballo. El rico, propietario de diferentes tiendas, presta dinero exigiendo crecidos intereses y buena garantía, es muy puntual en los negocios y se pone cada año más gordo y más rico.» Una prueba de la estimación en que se tienen las virtudes económicas de los chinos la suministra un informe, en el cual el gobernador de Cochinchina respondía á una demanda de un colega suyo en la Nueva Caledonia, acerca de la oportunidad de la introducción de obreros chinos en esta isla: «Los chinos han sido siempre y son todavía muy útiles; son trabajadores sobrios, fuertes, inteligentes y asiduos.»

CAPITULO VI

JAPONESES Y COREANOS.

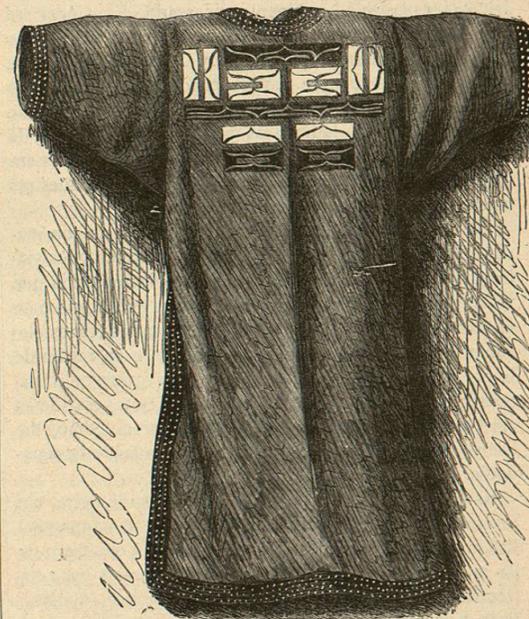
«El antiguo Japón encontró su ideal en China.

REIN

Traje y armas. — Casas y ciudades. — Edificios de madera en el Japón. — Vida económica. — Administración rural. — Florecimiento y decaimiento de las artes. — Tráfico. — Sociedad.

El traje de los japoneses, en sus prendas principales, es igual para todas las clases y edades; en las inferiores hay poca diferencia entre el traje de los hombres y el de las mujeres, y tanto es así, que solo por el peinado se distingue un sexo de otro. En las provincias tampoco hay variedad, á excepción de la exigida por las condiciones climatológicas. La seda, el algodón, el cáñamo constituyen las telas, y el traje general es una especie de *caftán* largo, abierto por delante, siendo más largo el de las mujeres y rematando con frecuencia en una larga cola acolchada; el cinturón, muy sencillo en los varones, es una tira ó cinta muy ancha para las mujeres, anudada elegantemente detrás y acabando en alas de mariposa. Unos signos especiales simbólicos distinguen á los soldados y á los prisioneros. En lugar de chaleco, los hombres llevan un trozo de paño por delante, que es mucho más largo y ancho en las mujeres, las cuales lo usan en vez de enaguas; finalmente los varones llevan calzones estrechos y medias, pero tan sólo en el invierno ó para preservarse de los insectos ó las sanguijuelas. Este mismo traje es más á propósito para los hombres y produce más favorable impresión que usado por las mujeres, pues estas últimas lo llevan tan estrecho que les impide la libertad de los movimientos. El calzado consiste en sandalias altas de madera y sandalias de paja. Los hombres de Corea se parecen más á los chinos por las chaquetas, las calzas cortas, las capas largas, las medias y los zapatos, distinguiéndose las clases sociales por el color del traje. El pueblo bajo se viste de blanco ó amarillo, los grandes de seda morada. Las clases inferiores no suelen usar sombreros ni gorros; el obrero lleva en la cabeza una sencilla tira azul en muchas dobleces: á veces se ponen esta misma tira de labor preciosa, debajo del sombrero. En

el invierno llevan gorros de pieles. Los sombreros de alas anchas, de bambú trenzado, son muy bonitos y constituyen la parte más original del traje coreano, es decir, del chino antiguo. Para saludar no se quitan el sombrero, lo tocan tan solo con ambas manos como para colocarle mejor. Llevan también unos sombreros con las alas caídas parecidos á canastas; los japoneses lo usan en sus viajes, para resguardarse del sol y de la lluvia, por lo cual se llama *rasa*, es decir, paraguas. Hay también paraguas de papel; los trajes de lluvia de la misma materia son acaso una invención moderna, pero los de paja ó de juncos se usan desde tiempo inmemorial. Las señoras japonesas se pintan la cara y el cuello con una pasta de albayalde y cola; se tiñen los labios de encarnado cuando solteras, y después de casarse ó cuando quieren permanecer célibes, cumplidos ya los



Túnica de alburno de los indios de Bhuj, Katsch (Según Egerton)

20 años, se tiñen los dientes de negro. Isabel Bird habla mucho de la desagradable impresión que producen estos artificios, entre los cuales es notable en las casadas la costumbre de afeitarse las cejas. Dice hablando de las mujeres que se asustan á la vista de los extranjeros ó se echan á reír estúpidamente, y añade: «Cuando estas señoras empezaron á reír mostrando sus dientes ennegrecidos fui yo la que me asusté. Entre las solteras me llamaron la atención muchas caras bonitas, mas por lo general tienen las narices demasiado pequeñas, y las mejillas muy abultadas, ó los labios deformados por una gruesa capa de vivo color encarnado, y aun á veces se los doran.» A pesar de los artificiosos tocados, con agujas y peines de concha y cintas entrelazadas en las trenzas, el aspecto general de las señoras japonesas tiene más de vulgar que de hermoso. Cuando saludan se inclinan profundamente. En Corea las mujeres y los niños llevan la trenza como los chinos: los hombres se hacen un moño sujeto á la parte posterior de la cabeza con una aguja de madera, cobre, plata, oro ó coral, según el rango del que la lleva. Los indígenas de la isla Liukiu se hacen un moño igual sujeto con dos agujas de cobre en forma de cucharas. Usábase en el Japón, como en la China,

raparse la cabeza, dejando los cabellos indispensables para la trenza.

El tatuaje era hace diez años tan general en el Japón, que en una sola localidad se contaban 30.000 hombres así pintados. En realidad el tatuaje es práctica más seguida por los hombres de las últimas clases, y lo particular es que se pintan las partes del cuerpo que ordinariamente están cubiertas. Baelz considera el tatuaje japonés como una especie de vestido y confirma su opinión el que los dibujos de dragones, leones etc. que con él se hacen son los mismos que se ponen en las telas. Semejante costumbre degeneró en abuso hasta el punto de que el gobierno tuvo que prohibirla mandando al pueblo que se vistiese completamente; los abusos de los cosméticos se remediaron más tarde.

Los guerreros japoneses llevaban antiguamente un arco largo, una lanza con la punta generalmente en forma de tridente y un sable ligeramente encorvado. En Corea era más frecuente el arco sencillo. Completaba el armamento un yelmo de hierro ó de madera y delante el escudo de armas. Últimamente se usaban poco los escudos, pero mucho las armaduras: las japonesas consisten en tiras de madera ó de metal imbricadas y unidas con cordones de seda: en su origen esta superposición parcial de tiras era general, pero en las corazas que vemos hoy día en nuestras colecciones, se advierten muchas diferencias.

En el Japón predomina el sistema de edificar con madera. La casa japonesa es de aspecto pintoresco y los viajeros describen con entusiasmo la agradable impresión que les producen aquellas elegantes moradas en Niigata ó en las aldeas mayores, cuyas casas grises con los techos elevados y uniformes destacan pintorescamente en medio de la verdura de vastos jardines. Pero estas casas están expuestas á incendios, son frías y húmedas, y á pesar de su célebre limpieza, resultan ennegrecidas por el humo, llenas de insectos y despiden un olor sumamente desagradable.

Es posible que el peligro de los temblores de tierra, tan frecuentes en el país, fuese la causa de que se adoptara el sistema de edificios bajos, pero ha quedado el peligro de los incendios, que destruyen millares de casas y que ocurren casi anualmente en alguna de las grandes capitales. Rein dice haber conocido japoneses, cuyas moradas habían sido devoradas por el fuego hasta ocho veces, así es que el japonés casi nunca pasa la vida en la casa donde vió la luz, pues le echa de ella algún incendio que la destruye. Hace mucho tiempo que el Japón conoce la organización de bomberos, y junto á las casas hay siempre toneles llenos de agua. Los mercaderes colocan lo que tienen más precioso en cuevas especiales, lejos de su domicilio. La casa japonesa se edifica sin cimientos; los pilares descansan sobre piedras sin labrar muy altas: los techos se hacen con mucho cuidado, aunque con frecuencia cubiertos sencillamente de paja; forman un gran saledizo á ambos lados de los pilares, y sirven así de galería. Los cuartos, que miden á lo más 3 metros de alto, están separados por paredes móviles, que no llegan al techo, y que á menudo están tapizadas de papel de varios colores ó de oro; en las casas ricas se reemplazan con biombos y se estera el suelo. Las mejores habitaciones dan al jardín, que casi nunca falta. Las camas se guardan en armarios, y se sacan y arreglan en el momento de acostarse. En otro tiempo, en que no se conocían los braseros de latón, se abrían hoyos cuadrados en el suelo revestidos de ladrillos, y en su alrededor se colocaban las camas. Los muebles indispensables son una taza con el tabaco, un pequeño pebetero para encender la pipa y una escupidera. El alumbrado consiste en

lámparas y velas, que despiden una luz insuficiente y un desagradable olor de sebo. En los alrededores de Aomori, la construcción de las viviendas es de lo más primitivo, pues se componen de vigas, corteza de árboles y haces de paja.

La introducción de edificios de piedra al estilo europeo produjo una mudanza radical; pero el gran número de casas altas de piedra, que, especialmente en Tokio, parecen haber surgido del suelo como las plantas, no puede sustituir á la casa japonesa, á pesar de todos sus defectos, pues la inteligencia de que dan pruebas los japoneses en cuanto se refiere á su arte nacional, y les hace elegir lo más recto y oportuno, les falta cuando se trata de imitar modelos y productos extranjeros. Los observadores europeos de mejor gusto están unánimes en afirmar que las largas filas de casas grises japonesas armonizan mejor con la vida del pueblo que los grandes barrios de los nuevos palacios y colegios. La madera predomina también en las construcciones religiosas. Los edificios de Corea no pueden compararse con los chinos y japoneses: sus principales materiales son los ladrillos y la paja; pero se parecen á los del Japón en la distribución interior. Hace pocos años eran desconocidas las vidrieras. En los nuevos templos y palacios se reconoce la servil imitación de modelos chinos, pero las ruinas de edificios anteriores á la invasión revelan un arte más original.

Mucha analogía tiene la posición de las ciudades japonesas con la de las chinas. Allí donde se fundaron, con arreglo á un plan determinado, grandes ciudades, las calles son rectas, orientadas hacia los puntos cardinales y numeradas, mientras las calles oblicuas y muy estrechas llevan un nombre. En Kioto hay calles que miden de 3 á 4 kilómetros de largo y de 4 á 6 metros de ancho. Años atrás, esta ciudad tenía 1.400 calles. Donde las ciudades resultaron de la unión de varias aldeas, como sucedió con el Tokio, que encierra 125, las diferentes partes están separadas por medio de jardines, parques, cementerios, bosques sagrados y á veces campos; se reconocen claramente los antiguos elementos constitutivos de la ciudad por medio de estas divisiones. A consecuencia de ello, Tokio se extiende sobre un terreno tan vasto que no es posible abarcar su conjunto sino á vista de pájaro. Esta ciudad, que es una de las siete en que pueden establecerse los extranjeros bajo ciertas condiciones, está destinada á un brillante porvenir. Las calles son rectas y limpias, aunque estrechas: hay barrios enteros de tiendas y almacenes, las manzanas forman largos paralelogramos, y todas las casas se parecen, siendo el negro y el gris los colores dominantes. El aspecto general es algo triste, pero el extranjero no tiene tiempo para hacerse cargo de ello. «La animación de las calles hace desaparecer su fealdad. Se desearía tener cien ojos para contemplar la riqueza, la variedad, la originalidad de los varios objetos puestos en venta y la multitud de los compradores de todas clases» (Hubner). Para parecerse á una animada calle de Europa, no les falta más que los coches y el ruido de las herraduras de los caballos, pues las bestias de carga llevan las patas envueltas en paja. Como en muchas ciudades marítimas de Europa y del Japón, las calles rectas están atravesadas por anchos canales, en los que se nota un tráfico animado de botes y *sampans*.

La población no es menos densa en las partes más fértiles del Japón que en las más pobladas de China. Hubner dice que están muy animados también los caminos públicos y añade hablando del Tokaido: «El que quiera ver un torrente de seres humanos de todas edades y de ambos sexos, vaya á dar un paseo entre Kanagawa y Kawasaki.» Menos importante es el tráfico en Corea, que no está tan

poblada, pero sus vecinos más pobres se diseminan por numerosas aldeas. En la alimentación de los japoneses el arroz representa un papel tan importante, que las tres comidas habituales se llaman arroz de la mañana, del mediodía y de la tarde. Los habitantes pobres de las montañas, que se mantienen de trigo turco, cebada y trigo, dan de comer arroz á los niños, á los ancianos y á los enfermos. Lo mismo pasa en Corea, donde los pobres comen trigo turco, habas, guisantes, raíces y patatas, que fueron introducidas por los europeos. Los japoneses comen también, como gulosina, rábanos blancos y ciruelas, frutas indígenas y todas las de Europa, y además pescado y mariscos. Nunca faltan huevos en las mesas de los ricos. Los japoneses, como los chinos, comen con varillas: toman mucho el te, beben sake (aguardiente de arroz) y fuman tabaco, pero no domina el vicio de la embriaguez. Los coreanos beben más aguardiente que te. Hace mucho tiempo que se cultiva el tabaco en Corea. Todos los coreanos usan una pipa que mide 65 centímetros y los grandes van seguidos por un criado que les lleva la pipa que suele tener metro y medio.

A pesar de todos los esfuerzos, la agricultura y la cría del ganado en el Japón son las enseñadas por los chinos. La variedad de plantas es inmensa. La señorita Bird describe un trecho de un campo cultivado en Tachchima en el cual había trigo, cebada, mijo, arroz, cáñamo, habas, guisantes, sandías, patatas, ciruelas y otras varias plantas, entre ellas añil y unas junto á otras. El arroz como queda dicho es el alimento principal: allí donde prospera, el pueblo es feliz; los habitantes del Norte se consideran pobres, porque han de comprar el arroz. A orillas del Tsugara hay esparcidas algunas viñas.

Otras plantas producen materiales para la industria japonesa. En la vasta y fértil llanura, que rodea la ciudad de Vakamatsu, fabricase mucho papel y mucha laca. El moral y el árbol del barniz son muy cultivados; así como el *rhus succedanea*, que produce la cera vegetal. Es notable una clase especial de nogal, cuyos elásticos tallos sirven para la fabricación de cuerdas. El buen orden de los campos produce una impresión tanto más agradable, cuanto que no están rodeados de cercas, ni de setos, ni de fosos. No hay rebaños cuya invasión se deba temer en esos campos, y los japoneses están demasiado bien educados para entrar en la heredad ajena sin necesidad.

Antiguamente los habitantes usaban vestidos de corteza, como los llevan todavía los ainos (Véase el grabado de la página 393). Ahora domina en el Japón la seda, cuyo cultivo fué introducido á fines del siglo tercero. En el siglo quinto el gobierno exigió á los inmigrados extranjeros que pagasen el impuesto en seda: hoy día la industria de la seda está limitada á la isla principal; y el floreciente estado de las poblaciones donde prospera prueba que ha contribuido esencialmente al bienestar del pueblo. Han mejorado hasta las casas de los campesinos, que eran de un piso y ahora tienen dos, el segundo para la cría de los gusanos. Al consumo interior se añade ahora la considerable exportación á Europa y América, que en los últimos años produjo 95 millones de pesetas. Además hay que calcular el quinto de esta cantidad para la simiente vendida á los europeos.

En el Japón se crían varias clases de gusanos de seda y de morales.

La industria pecuaria es insignificante en aquellas islas, por la falta de hierbas y por ser el clima desfavorable á algunos animales, como las ovejas y cabras. Las razas son parecidas á las chinas: el cerdo procede del Celeste Imperio: el caballo es, como el de Corea, de pequeñas proporciones

y se le utiliza como acémila y poco para montar. El buey era también esencialmente bestia de carga, raras veces de tiro, y para nada servía como alimento, pues ni se comía su carne, ni se bebía la leche de las vacas. Los coreanos suelen herrar sus bueyes. Las cabras y las ovejas no pueden medrar, y no es extraño que antes de la llegada de los europeos faltasen completamente en el Japón. En Corea no existe ganado lanar, por lo cual las prendas de lana son sumamente raras. Entre los animales domésticos se debe contar también el perro, el gato, el gallo y el ánade; la oca era desconocida. La apicultura estaba abandonada, pues la planta que produce la cera reemplazaba á la de las abejas. Aparte del alimento vegetal, los japoneses no tenían más comestibles que monos, cuervos y pescados.

La industria japonesa estaba basada completamente como la China en el trabajo manual, pues eran desconocidas las máquinas, y el comercio estaba poco desarrollado. La ventaja de la industria dimanaba de la aptitud natural de los obreros y de su gran práctica que daban gran perfección á sus productos; cada cual ejecutaba la totalidad de los artículos y no por partes, como se acostumbra en el Occidente. De este modo el trabajo resulta tan perfecto como se echa de ver en las porcelanas y las lacas y es además favorable á la introducción del arte en la industria, arte que descuellan, en efecto, en la industria japonesa, la cual ha ejercido influencia también en Europa. Además se distinguieron sus productos por la pureza de la materia, la duración y la baratura. El Japón ha recibido de la China sus industrias principales, pero las ha perfeccionado de manera, que la copia es muy preferible al original. Por espacio de mucho tiempo fué la porcelana de la China superior á la porcelana del Japón, hasta que en 1211 un fabricante japonés, acompañado de un bonzo, fué á China y aprendió allí los misterios del arte. Los obreros japoneses se dedicaron con el mismo celo á imitar los productos del Occidente. Hace siete años que un informe del consulado inglés decía: «La industria indígena va compitiendo cada vez más con las mercancías que llegan del extranjero. El algodón, que se importa hilado, aquí se teje. En lugar de comprar máquinas de vapor, los japoneses las fabrican. De la misma manera se hace papel, calzado, vestidos, sombreros, alfombras, cerveza, cerillas, petróleo, jabón, paraguas, vidrio, armas, baúles, objetos de cuero y muebles: en suma, la industria extranjera tiene ya una poderosa competencia en la indígena.» Este movimiento industrial ha ido siempre adelantando. Cuando en 1881 el Japón organizó su primera exposición nacional en Tokio, los europeos admiraron la puntualidad de la inauguración, la excelente construcción de los diferentes edificios, la grandiosidad del plan y la rapidez con que se dió á luz el catálogo de 400 páginas. La industria coreana, maestra de la japonesa, ha quedado muy rezagada á su discípula.

En el Japón, el comercio estaba organizado como en la China, pero por la profunda paz de que disfrutó desde el tiempo de Taikosama, lo mejoró. Los caminos, empedrados por larguísimos trechos, convergían desde todas las partes del imperio á Kioto en línea recta, y los europeos se quedaban asombrados al ver que se podían recorrer en coches tirados por hombres, 50 kilómetros y más en un día. Naturalmente estos caminos no han bastado para el tráfico moderno, que pone en movimiento productos cada vez más pesados y voluminosos, especialmente en las provincias mineras, y fué necesario construir ferrocarriles en el Japón, que poseía en 1883, 400 kilómetros de vías férreas. No eran tan practicables las vías fluviales, y hace pocos años que la escasa profundidad de los ríos y canales era un obs-